

LAS ARENAS DE MARTE

ARTHUR C. CLARKE



Martin Gibson, un famoso novelista de ciencia ficción, viaja a una de las más prósperas colonias extraterrestres, donde los más célebres científicos están logrando cambiar el aspecto del planeta para hacerlo habitable. Sin embargo, lo que tenía que ser un viaje de placer no tarda en convertirse en una complicada red de intereses políticos y científicos que atrapa a Martin y le enfrenta a una desagradable evidencia: las relaciones entre la Tierra y Marte no son tan plácidas como parecen, y todo se reduce a una cuestión de dinero...

CAPÍTULO I

—¿De veras es ésta la primera vez que sube? —preguntó el piloto mientras se reclinaba perezosamente en el asiento, haciéndolo balancear con suavidad. El gesto de indiferencia con que se llevó ambas manos a la nuca aumentó la intranquilidad del pasajero.

—Sí —respondió Martin Gibson, sin apartar los ojos del cronómetro que marcaba el paso de los segundos.

—Ya me parecía a mí. Nunca le salieron muy bien en sus cuentos... todas esas tonterías sobre desvanecimientos causados por la aceleración. ¿Por qué será que la gente escribe esas patrañas? Es mala propaganda.

—Lo siento —contestó Gibson—, pero usted se refiere a mis primeros cuentos. En aquel entonces aún no habían comenzado los viajes espaciales y tuve que emplear mi imaginación.

—Quizás —admitió el piloto de mal grado. No prestaba la menor atención a los instrumentos y faltaban sólo dos minutos para el despegue—. Lo que está experimentando debe parecerle extraño después de haber escrito tanto sobre el tema.

Gibson pensó que el adjetivo no era del todo adecuado, pero comprendía el punto de vista de su interlocutor. Muchos de sus héroes y villanos habían contemplado hipnotizados las implacables agujas del segundero mientras esperaban que los cohetes los lanzaran hacia el infinito. Y ahora, como sucedía siempre que uno sabía esperar, la realidad se mezclaba con la ficción. Este momento estaba a

sólo noventa segundos de su futuro. Sí, era extraño; sin duda, un caso de justicia divina.

Adivinando sus pensamientos, el piloto le dirigió una mirada y trató de animarlo con un gesto.

—No se deje asustar por sus propios cuentos. Una vez, incluso llegué a partir de pie, sólo por ganar una apuesta; aunque, naturalmente fue una verdadera tontería.

—No estoy asustado —respondió Gibson, poniendo demasiado énfasis en sus palabras.

El piloto se dignó mirar el reloj cuando al segundero le faltaba recorrer una vuelta completa:

—¡Uf! —dijo—. En ese caso, en su lugar no me aferraría tanto al asiento. Es sólo de berilo-manganeso y puede torcerse.

Gibson, obediente, trató de relajarse. Sabía que sus reacciones ante la situación eran mecánicas, pero no por esto menos reales.

Advirtió que el piloto permanecía tranquilo, aunque sin apartar los ojos del cuadro de mandos.

—Claro que no es muy cómodo, pero sólo dura unos pocos minutos —dijo—. ¡Ah!, ya empiezan las bombas de combustible. No se inquiete cuando la vertical comience a hacer cosas raras; deje que el asiento se mueva hacia donde quiera. Cierre los ojos, si le parece mejor. ¿Oye? Ahora arrancan los cohetes de ignición. Tardaremos unos diez segundos en alcanzar el impulso necesario. No es nada, aparte del ruido. Tiene que soportarlo. ¡Tiene que soportarlo, le digo!

Pero Martin Gibson estaba haciendo algo totalmente distinto. Al alcanzar una aceleración no mayor que la de un ascensor de alta velocidad pasó mansamente a la inconsciencia.

Se reanimó pocos minutos después, cuando ya habían recorrido miles de kilómetros, muy avergonzado de sí mismo. Un rayo de sol le daba de lleno en la cara; el postigo protector del casco exterior se había deslizado. La luz, aun-

que intensa, no era tan cegadora como había esperado; luego observó, sin embargo, que sólo una parte de su intensidad se filtraba a través de los vidrios, de tono muy oscuro.

Miró al piloto, que escribía absorto sus notas en la carta de navegación, inclinado sobre el cuadro de mandos. Aunque todo estaba en silencio, Gibson oía de vez en cuando ciertos estampidos ahogados que lo desconcertaban. Tosió suavemente para anunciar que había vuelto en sí y preguntó al piloto la causa de los ruidos.

—Es la contracción térmica de los motores —contestó éste con parquedad—. Han estado funcionando a cinco mil grados y se enfrían con rapidez. ¿Se siente mejor?

—Estoy muy bien —contestó Gibson, sinceramente—. ¿Puedo levantarme?

Desde el punto de vista psicológico había tocado fondo y vuelto a reaccionar. Era una condición muy inestable, aunque no lo notara.

—Puede hacerlo, si quiere —respondió el piloto, vacilando—; pero tenga cuidado, sosténgase en algo firme.

Gibson se sintió invadido por una gran alegría. Había llegado el momento que había esperado toda la vida. ¡Estaba en el espacio! Lamentaba haberse perdido el despegue, pero cuando escribiera esta parte la aderezaría un poco.

A mil kilómetros de distancia la Tierra todavía parecía grande, aunque un tanto decepcionante. La razón era fácil de entender: había visto tal cantidad de fotos y películas tomados desde el espacio que ya no había lugar para sorpresas; sabía exactamente qué podía esperar. Vio las conabidas masas flotantes de nubes en su lenta marcha alrededor del mundo. Mares y continentes estaban bien definidos en el centro del disco y podían apreciarse infinidad de detalles, pero hacia el horizonte todo se esfumaba en medio de una espesa niebla. Los perfiles que pasaban directamente bajo su ángulo de visión eran difíciles de reconocer

y, por lo tanto, carecían de sentido. Sin duda, un meteorólogo se hubiera sentido transportado de alegría ante el variado mapa climático desplegado a sus pies; pero la mayoría de esos científicos se encontraban en las estaciones espaciales, desde donde disfrutaban de mucha mejor vista. Pronto se cansó Gibson de buscar las ciudades y otras obras del hombre. Resultaba aleccionador pensar que tantos milenios de civilización humana no habían producido cambios de consideración en aquel panorama.

Después, cuando decidió buscar las estrellas, Gibson sufrió una segunda desilusión. Allí estaban por cientos, pálidas y desvanecidas, meros espectros de las miríadas que había esperado encontrar. Culpó de ello a los cristales oscuros de la nave, que al atemperar el resplandor del sol robaban a las estrellas toda su magnificencia.

Se sintió un tanto molesto. Sólo una cosa había resultado tal cual había imaginado: la sensación de flotar en medio del aire. La facultad de proyectarse de una pared a otra mediante una simple presión del dedo era tan deliciosa como había esperado, si bien el alojamiento resultaba demasiado estrecho para cualquier experimento audaz. Ya existían drogas capaces de inmovilizar los órganos del equilibrio y el mareo era cosa superada; la falta de peso producía un estado embriagador al que se llegaba como por arte de magia. Eso era muy agradable. ¡Cómo habían sufrido sus héroes! (Y también sus heroínas, como era de suponer, aunque nadie lo mencionaba.) Recordó el primer vuelo de Robin Blake en la versión original de *Polvo marciano*. La había escrito bajo la influencia de D. H. Lawrence. (Resultaría interesante hacer, algún día, una lista de los escritores que *no* lo habían influenciado en uno u otro momento.)

Sin lugar a dudas, Lawrence era excelente en la descripción de sensaciones físicas y, con toda intención, Gibson se había propuesto derrotarlo en su propio terreno. Con este propósito dedicó un capítulo entero a la sensación del mareo describiendo todos los síntomas, desde las premonicio-

nes inquietantes que uno podía ignorar y los estremecimientos subterráneos que ni los más optimistas podían desear hasta los cataclismos volcánicos de las últimas etapas y el postrer, misericordioso, debilitamiento.

Todo el capítulo había resultado una obra maestra del más crudo realismo. Fue una lástima que su editor, que proyectaba incluir la obra en el «Club del Libro del Mes», se lo hiciera suprimir. Ese capítulo le había exigido mucho trabajo; había *vivido*, mientras lo escribía, todas las sensaciones. Incluso en este momento...

* * *

Mientras el escritor, ya tranquilo, era expulsado a través de la escotilla, el oficial médico dijo, pensativo:

—Es extraño. Pasó muy bien la revisión médica y, por supuesto, le fueron aplicadas las inyecciones habituales antes de partir de la Tierra. Debe ser psicósomático.

—No me importa lo que sea —se quejó amargamente el piloto, mientras seguía la marcha hacia la Estación Espacial Uno—. Lo que quiero saber es quién va a limpiar mi nave.

Nadie parecía dispuesto a contestar esa vehemente pregunta. Y Martin Gibson menos que ninguno. Apenas tenía conciencia de unas paredes blancas que desfilaban por su campo visual. Lentamente, comenzó a experimentar una progresiva sensación de peso, y un resplandor cálido y acariciante comenzó a expandirse por sus miembros. Pronto comprendió dónde se encontraba. Estaba en el cuerpo de guardia de un hospital, y una batería de lámparas de infrarrojos lo bañaba en un calor enervante y delicioso que le llegaba hasta los huesos.

—¿Y bien? —dijo el doctor.

Gibson hizo una débil mueca.

—Lo siento mucho. ¿Volverá a suceder?

—No sé qué pasó la primera vez. Es muy raro; las drogas de que disponemos ahora se consideran infalibles.

—Creo que fue culpa mía —dijo Gibson en tono de disculpa—. Sucede que tengo una imaginación muy poderosa y me puse a pensar en los síntomas del mareo espacial; con mucha objetividad, por supuesto, pero antes de entender lo que ocurría...

—Bueno. ¡Basta ya! —le ordenó el médico abruptamente—. De lo contrario, tendremos que enviarlo de vuelta a la Tierra. Si quiere ir a Marte no puede actuar de esta manera. En tres meses no quedaría mucho de usted.

Un escalofrío sacudió el torturado físico de Gibson; pero se estaba recuperando rápidamente y la pesadilla de la hora anterior se esfumaba ya en el pasado.

—Ya me repondré —dijo—. Déjeme salir de este horno antes de que me abraze.

Se puso de pie, no sin cierta inseguridad. Parecía muy extraño volver a tener un peso normal hallándose en el espacio. Entonces recordó que la Estación Uno giraba sobre su eje y que las habitaciones destinadas a vivienda estaban construidas sobre las paredes exteriores, de manera tal que la fuerza centrífuga proporcionaba una ilusión de gravedad.

Pensó, apesadumbrado, que la gran aventura no había comenzado del todo bien. Pero estaba decidido a que no lo enviaran de vuelta a la deshonra. No se trataba solamente de su orgullo, sino del efecto deplorable que ello tendría en su público y en su reputación. Se estremeció al imaginar los titulares: ¡GIBSON ENVIADO A LA TIERRA! ¡EL MAREO DERROTA AL ESCRITOR-ASTRONAUTA! Hasta los semanarios literarios más conservadores se mofarían de él, y en cuanto al *Time*... era mejor no pensarlo.

—Tiene suerte; disponemos de doce horas antes de que parta la nave. Antes de darle la aprobación definitiva lo llevaré a la sección de gravedad cero para ver cómo reacciona allí.

A Gibson también le pareció una buena idea. Siempre había creído hallarse en buena forma; hasta aquel momento no se le había ocurrido seriamente que el viaje podría resultarle no sólo incómodo, sino también peligroso. El mareo espacial era cosa de risa... hasta que uno mismo lo experimentaba. Después era un asunto distinto.

La Estación Interna —Estación Espacial Uno, como se la llamaba generalmente— estaba a algo más de dos mil kilómetros de la Tierra y circunvalaba el planeta cada dos horas. Había sido el primer escalón para el hombre en su viaje a las estrellas y, si bien ya no era técnicamente necesaria para los vuelos espaciales, su existencia tenía profundos efectos en la economía de los viajes interplanetarios. Todos los viajes a la Luna o a los planetas comenzaban allí: junto a esta avanzada de la Tierra flotaban las majestuosas naves atómicas mientras cargaban sus bodegas con material del planeta madre. La estación estaba unida al planeta por un servicio de cabotaje realizado por cohetes a propulsión química, ya que, legalmente, ninguna nave movida por energía atómica podía operar a menos de mil kilómetros de la superficie de la Tierra. Aun así, muchos creían que este margen de seguridad no era suficiente, ya que el estallido radioactivo de una explosión nuclear podía recorrer esa distancia en menos de un minuto.

Con el paso de los años, la Estación Espacial Número Uno había crecido por un proceso de adición, hasta el punto que sus primeros planificadores no la hubieran reconocido. Alrededor del núcleo esférico central se habían acumulado observatorios, laboratorios de comunicaciones con fantásticos sistemas aéreos y laberintos de equipos científicos que sólo un especialista podía identificar. Pero, a pesar de todos estos añadidos, la principal función del satélite artificial era la de abastecer de combustible a las pequeñas naves que el hombre empleaba para desafiar la inmensa soledad del sistema solar.

—¿Está seguro de que ahora se encuentra bien? —preguntó el doctor, mientras Gibson tanteaba con sus pies.

—Creo que sí —contestó éste, sin comprometerse del todo.

—Entonces venga a la sala de recepción a beber algo. —Y agregó, para evitar cualquier malentendido—: Una buena bebida caliente. Puede quedarse sentado allí una media hora, leyendo el periódico, mientras decidimos qué vamos a hacer con usted.

Le parecía a Gibson que una desilusión se sumaba a otra. Estaba allí, a dos mil kilómetros de la Tierra, rodeado de estrellas y, sin embargo, se veía obligado a beber té dulce, ¡té!, en lo que podía ser una sala de espera de cualquier dentista. No había ventanas, tal vez porque la vista del firmamento, que gira con rapidez, podría malograr la buena marcha del trabajo del cuerpo médico. La única manera de pasar el tiempo era hojear montones de revistas que ya había leído, muy difíciles de manejar, pues se trataba de ediciones extremadamente ligeras, impresas en papel de fumar. Por suerte encontró una copia muy vieja de *Argosy* donde figuraba un cuento suyo, escrito hacía tanto tiempo que había olvidado el final, lo que lo mantuvo feliz hasta que volvió el doctor.

—Su pulso parece normal —dijo el oficial médico de mala gana—. Vamos a llevarlo a la cámara de gravedad cero. Sígame, y no se sorprenda por lo que pueda suceder.

Con esta misteriosa advertencia, condujo a Gibson hacia un corredor amplio y profusamente iluminado que parecía curvarse hacia arriba en ambas direcciones desde el punto donde él se encontraba. Gibson no tuvo tiempo de investigar este fenómeno, pues el doctor abrió una puerta lateral y comenzó a subir unos escalones metálicos. Gibson lo siguió automáticamente un trecho; luego, al darse cuenta de lo que tenía delante, se detuvo con un grito involuntario de sorpresa.

Ante sus pies, la inclinación de la escalera era, como es habitual, de cuarenta y cinco grados, pero, súbitamente, se erguía de modo que unos metros más allá los escalones eran verticales. A partir de ese punto, su aspecto habría alterado los nervios de cualquiera que lo observara por primera vez: la inclinación continuaba de tal modo que los escalones se sucedían colgando por encima de su cabeza, para desaparecer finalmente a sus espaldas.

Al escuchar su exclamación, el doctor se volvió hacia él con una sonrisa tranquilizadora y dijo:

—No siempre debe creer lo que ve. Venga conmigo y comprobará qué fácil es.

Gibson lo siguió a regañadientes; al hacerlo tomó conciencia de dos cosas: en primer lugar, iba sintiéndose gradualmente más ligero; en segundo lugar, y a pesar de la inclinación obviamente mayor que presentaba la escalera, ésta formaba siempre con sus pies un ángulo de cuarenta y cinco grados. En realidad, la misma dirección vertical se inclinaba ligeramente mientras él avanzaba, por lo que, pese a su creciente curvatura, la pendiente de la escalera no se alteraba nunca.

Gibson no tardó en encontrar la explicación. La gravedad aparente se debía a la fuerza centrífuga producida por el lento giro de la estación sobre su eje; a medida que él se acercaba al centro, la fuerza disminuía a cero. La escalera en sí se enroscaba sobre el eje siguiendo una suerte de espiral (en otros tiempos había sabido su nombre) y, a pesar del campo radial de la gravedad, la inclinación del camino que recorrer permanecía constante. Quienes viven en estaciones espaciales se acostumbran rápidamente a esta clase de cosas; posiblemente, al volver a la Tierra, el aspecto de una escalera normal les resultaría igualmente inquietante.

Al terminar la escalera no existían ya las nociones de «arriba» o «abajo». Se encontraban en una gran habitación cilíndrica y vacía, cruzada sólo por unas cuerdas; en el extremo más apartado, un haz de luz se abría paso a través

de un puesto de observación. Mientras Gibson miraba, el rayo se movió progresivamente por las paredes metálicas como una linterna inquisidora, y se eclipsó por un momento, para volver a brillar desde otra ventana. Por primera vez, los sentidos de Gibson percibían que la estación giraba sobre un eje; logró calcular aproximadamente el tiempo de rotación, teniendo en cuenta cuánto tardaba la luz solar en volver a su posición original. El «día» de este pequeño mundo artificial duraba, aproximadamente, algo menos de diez segundos, lo suficiente para dar a sus paredes exteriores la sensación de gravedad normal.

Gibson siguió al doctor, apoyando una mano después de la otra sobre las cuerdas-guía; se sentía como una araña avanzando en su propia tela. Impulsándose sin esfuerzo a través del aire, llegaron al puesto de observación. Gibson comprobó que se encontraban al final de una especie de chimenea paralela al eje de la estación; desde este lugar, sin aparatos ni instalación alguna, podían contemplar libremente las estrellas.

—Lo dejaré un rato aquí —dijo el doctor—. Hay mucho para ver; tiene con qué entretenerse. Si no es así... Bueno, recuerde que al pie de esas escaleras hay gravedad normal.

«Sí —pensó Gibson—, y también un viaje de vuelta a la Tierra en el próximo cohete.» Pero estaba decidido a pasar todas las pruebas para obtener la autorización final.

Era casi imposible aceptar que fuese la estación espacial la que giraba, y no el sol y las estrellas; creer lo contrario requería un acto de fe, un esfuerzo consciente de la voluntad. Las estrellas pasaban con tanta rapidez que sólo las más brillantes eran claramente visibles; en rápidas ojeadas al espacio, Gibson comprobó que el Sol, como un cometa dorado, cruzaba el cielo cada cinco segundos. Esta fantástica aceleración del orden natural permitía comprender fácilmente la resistencia de los antiguos a creer que fueran ellos los que giraban, y su tendencia a atribuir todo el movimiento a la esfera celeste.

Parcialmente oculta por la propia estación, la Tierra era una media luna de grandes dimensiones que abarcaba la mitad del cielo; crecía lentamente mientras la estación pasaba veloz por su órbita. Cuarenta minutos después sería como la luna llena, y una hora más tarde, completamente invisible, como un disco negro que eclipsara al Sol mientras la estación pasaba por su cono de sombra. La Tierra atravesaría todas sus fases, desde nueva hasta llena, para volver a repetir las en sólo dos horas. Al pensar en estas cosas, el sentido del tiempo se distorsionaba completamente; los conocidos conceptos de noche y día, meses y estaciones carecían aquí de sentido.

En ese momento, tres naves espaciales se encontraban en el «muelle», a un kilómetro de la estación, moviéndose en la misma órbita sin ninguna conexión. Una era la pequeña punta de flecha que hacía una hora lo había traído de la Tierra a tan alto precio y con tanta incomodidad. La segunda, un carguero de unas mil toneladas con destino a la Luna. Y la tercera, por supuesto, era la *Ares*, deslumbrante con su nueva capa de pintura de aluminio.

Gibson nunca se había resignado a perder las naves elegantes y raudas que habían sido el sueño de todos a comienzos del siglo XX. Aquellas brillantes campanas, colgando de un fondo de estrellas, no respondían a su concepción de nave espacial; aunque el mundo la hubiera aceptado, él no podía hacerlo. Naturalmente, conocía de memoria los consabidos argumentos; no eran necesarias líneas aerodinámicas en una nave que nunca estaría en la atmósfera y, por lo tanto, su diseño estaba determinado pura y exclusivamente por los requerimientos de la estructura y la planta de energía. Dado que la unidad de propulsión, violentamente radioactiva, debía encontrarse lo más lejos posible del alojamiento de la tripulación, la solución más simple consistía en una doble esfera y un largo tubo de conexión. En opinión de Gibson era también la más fea. Pero eso carecía de importancia, puesto que la *Ares* pasaría

prácticamente el resto de su vida en el espacio profundo, con las estrellas como único espectador. Quizás esperaba, cargada ya de combustible, el momento, exactamente calculado, en que sus motores se podrían en funcionamiento; entonces se vería arrancada de la órbita en la que estaba girando y donde había pasado toda su existencia para balancearse en prolongada hipérbole rumbo a Marte.

Cuando eso ocurriera, él estaría a bordo, lanzado al fin a la aventura que nunca creyó que viviría en realidad.

CAPÍTULO II

La cabina del capitán, a bordo de la *Ares*, no podía albergar más de tres hombres cuando actuaba la fuerza de gravedad, pero tenía espacio suficiente para seis cuando la nave giraba en órbita libre, pues cada uno podía permanecer a voluntad tanto en las paredes como en el techo. Del grupo que, en posiciones surrealistas, rodeaba al capitán Norden, todos, salvo uno, habían estado ya en el espacio y sabían qué podía esperarse de ellos, aunque éste no fuera un viaje de instrucción común.

El viaje inaugural de una nueva nave espacial representa siempre un gran acontecimiento, y la *Ares* era la primera en su línea, la primera dedicada al transporte de pasajeros y no de mercancías. Una vez lista para cumplir sus funciones, podría transportar treinta tripulantes y ciento cincuenta pasajeros en condiciones algo espartanas. Sin embargo, en aquel primer viaje las proporciones no eran las mismas: en ese momento, los seis integrantes de la tripulación esperaban que subiera a bordo el único pasajero.

—Todavía no lo entiendo bien —dijo Owen Bradley, el oficial de electrónica—; ¿qué vamos a hacer con ese tipo cuando lo tengamos aquí? ¿Quién tuvo esa brillante idea?

El capitán Norden se pasó una mano por el cráneo, donde pocos días atrás luciera sus magníficos cabellos rubios. (Las naves espaciales rara vez llevan peluqueros a bordo y, aunque hay siempre aficionados entusiastas, es preferible evitar el riesgo cuanto se pueda.)

—A eso quería referirme —dijo—; supongo que todos vosotros habéis oído hablar del señor Gibson.